

XV COLOQUIO INTERNACIONAL DE AEIHM
MUJERES E HISTORIA: DIÁLOGOS ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA
Bilbao, 11, 12 y 13 de noviembre de 2010
Universidad del País Vasco /Euskal Herriko Unibertsitatea.

LOS HECHOS SIN HISTORIA O LAS ÉPICAS DEL SILENCIO

Montserrat Huguet

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

ABSTRACT ESPAÑOL

En el siglo XIX y aún en el primer tercio del XX fue extensa la nómina de mujeres desilusionadas por el escaso alivio que las huídas producían en sus vidas. Muchas sin embargo llegaron a la conclusión de que igual ni siquiera merecía la pena desaparecer. Dos experiencias anómalas, la guerra y el viaje, marcaron la existencia de algunas mujeres deseosas de cambiar su rutina. La experiencia del viaje, al igual que la experiencia de la guerra, daba ocasión de fuga cauta y silenciosa ante los conflictos privados que dominaban el día a día de las mujeres. Pero a diferencia de lo que significaban en la vida de los hombres, para ellas el viaje solo era una dilación de lo inexorable: la vuelta a casa, porque durante el tiempo que duraba el periplo y a continuación del mismo, precisamente por la osadía de haberse tomado en serio la capacidad de decidir por sí mismas, las mujeres que se aventuraban solas por el mundo acababan deviniendo de una u otra forma en mujeres muertas.

En los discursos culturales del siglo XIX, las mujeres viajeras eran hostigadas -no digamos aquellas que tomaban las armas usurpando el lugar del varón en el frente de batalla-, y no fueron pocos los ejemplos y variadas las formas de hostilidad y castigo hacia ellas. Así que, guerreras o viajeras, la lógica de las modernas sociedades industrializadas, que dibujaba horizontes para las mujeres que emprendían acciones independientes u originales, se quebraba por el peso de la herencia cultural. Si bien desde la modernidad se las había animado a diseñar un plan de futuro, lo cierto es que la maquinaria burguesa que hacía posible la contemporaneidad limitaba al centímetro sus movimientos, frenando muchas de las iniciativas -casi siempre individuales- supuestamente turbadoras para los planes modernos.

ABSTRACT EN INGLÉS

In the 19th century and still in the first third of the XXth the list of disillusioned women by the scanty relief that their hides were producing in their lives was wide. Many of them nevertheless came to the conclusion that at least was not worth disappearing. Two anomalous experiences, the war and the trip, marked the existence of some women anxious to change their routine. The experience of the trip, as the experience of the war, was giving occasion of cautious and silent escape before the private conflicts that were dominating the day after day of the women. But unlike what they were meaning in the life of men, for them the alone trip was a delay of the inexorable thing: the come back home. And that because during the time that lasted the *periplus* and later on, precisely for the audacity of having taken seriously the aptitude to decide for themselves, the women who were risking alone around the world ended up by developing in dead women.

In the cultural speeches of the 19th century, the travelling women were scourged - let's not say those that were taking the weapons usurping the place of the males in the front of battle-, and the examples were not small and changed the forms of hostility and punishment towards them. So, warlike or travelling, the logic of the modern industrialized companies, which was drawing horizons for the women who were undertaking independent or original actions, was breaking for the weight of the cultural inheritance. Though from the modernity they had been encouraged to design a plan of future, the certain thing is that the bourgeois machinery that was making possible the contemporaneousness was limiting their movements to the centimeter, stopping many of the initiatives -almost always individuals - that supposedly might prevent plans of future at the society.

PALABRAS CLAVE. ESPAÑOL

Historia contemporánea, mujeres, guerra, viajes, literatura.

PALABRAS CLAVE. INGLÉS

Contemporary History, Women, War, Trips, Literature.

Introducción

En el siglo XIX y aún en el primer tercio del XX fue extensa la nómina de mujeres desilusionadas por el escaso alivio que las huídas producían en sus vidas. Muchas sin embargo llegaron a la conclusión de que igual ni siquiera merecía la pena desaparecer. Dos experiencias anómalas, la guerra y el viaje, marcaron la existencia de algunas mujeres deseosas de cambiar su rutina. La experiencia del viaje, al igual que la experiencia de la guerra, daba ocasión de fuga cauta y silenciosa ante los conflictos privados que dominaban el día a día de las mujeres. Pero a diferencia de lo que significaban en la vida de los hombres, para ellas el viaje solo era una dilación de lo inexorable: la vuelta a casa, porque durante el tiempo que duraba el periplo y a continuación del mismo, precisamente por la osadía de haberse tomado en serio la capacidad de decidir por sí mismas, las mujeres que se aventuraban solas por el mundo acababan deviniendo de una u otra forma en mujeres muertas.

En los discursos culturales del siglo XIX, las mujeres viajeras eran hostigadas –no digamos aquellas que tomaban las armas usurpando el lugar del varón en el frente de batalla-, y no fueron pocos los ejemplos y variadas las formas de hostilidad y castigo hacia ellas. Así que, guerreras o viajeras, la lógica de las modernas sociedades industrializadas, que dibujaba horizontes para las mujeres que emprendían acciones independientes u originales, se quebraba por el peso de la herencia cultural. Si bien desde la modernidad se las había animado a diseñar un plan de futuro, lo cierto es que la maquinaria burguesa que hacía posible la contemporaneidad limitaba al centímetro sus movimientos, frenando muchas de las iniciativas –casi siempre individuales- supuestamente turbadoras para los planes modernos.

Puede que hoy nos parezca que la esposa del marino mercante de la flota inglesa del XIX, Penélope domesticada en el riguroso *victorianismo*, fuera una mujer heroica en el aguante y hasta en la soledad de la crianza de sus hijos. Heroica por el agotamiento soportado de la tarea repetida en la inmovilidad frente al tejido de un manto eternamente inconcluso. Pero “(...) *el efecto de su ser en los que tuvo a su alrededor fue incalculablemente expansivo, porque el creciente bien del mundo depende en parte de hechos sin historia, y que las cosas no sean tan malas para ti y para mí como pudieran haber sido, se debe en parte a los muchos que vivieron fielmente una vida oculta, y descansan en tumbas no frecuentadas*”¹. Hoy veríamos un cierto toque masoquista en este tipo de acciones auto lesivas: actuaciones pasivas propias de tantas mujeres que fueron abandonadas a su suerte por los dioses, de tal modo que –aunque sabemos que nos equivocamos- no se nos ocurre pensar que ninguna de ellas juzgase su caso ejemplarizante ni digno de réplica.

Lo más parecido a estas épicas silenciosas, sin fama, podía encontrarse en la dignidad pobretona de los anarquistas que, aún bien entrado el siglo XX, recorrían las ciudades europeas con los cartuchos de explosivo pegados al cuerpo y, a cuyo

¹P ELIOT, G.: *Middlemarch*, Op. cit., p. 949.

entender, el tipo de heroísmo que practicaban era puro y despojado de cualquier afán de gloria². Homero había adjudicado la épica a Ulises –en la guerra y en el viaje–, el que siempre estaba en movimiento, el que era incansable en la aventura y andaba rodeado de agitación y de un público que le miraba y escribía acerca de sus cuitas; pero no a un terrorista macilento y muerto de hambre, invisible por voluntad propia, que lanzaba bombas caseras desde la chusma al paso de carruajes reales o las adhería a las pilastras de una moderna ingeniería a mayor gloria de la clase obrera. El terrorista se parecía en el signo de su heroicidad a otros seres mucho menos temidos: las mujeres y, como ellas, solía ir por libre en sus acciones. No era lánguido, ciertamente, por mucho que la dejadez de su aspecto y el hambre sostenida en la mirada así nos lo hicieran creer. No obstante, la languidez ha estado casi siempre sobrevalorada, y la de Penélope nunca convenció del todo a la mujer contemporánea, por mucho que la estética romántica se empeñase en mostrarnos a una joven paciente y frágil en lugar de una señora ya mayor e irritable, algo pálida y entrada en carnes por obra del sedentarismo ante el telar, como corresponde a una esposa vieja y abandonada.

Aunque la efígie de Penélope no fuera determinante para los modelos modernos de mujer, sin embargo poco podía hacerse en relación con el discurso que impulsaba el homenaje a las señoras que mantienen sus heroicidades en silencio. En la primera década del siglo XXI, el Papa Benedicto XVI ha rendido su particular homenaje a las mujeres –*silenciosas heroínas*, las ha denominado– que, en un mundo dominado por la técnica mantienen intacta la dignidad humana y defienden la familia, tutelando además los valores culturales y religiosos³. Se refería, el Papa, a las madres discretas y hogareñas pero también a las mujeres omnipresentes que, en silencio, componen para los demás días de veinticuatro horas como si tuvieran cuarenta y ocho, haciendo que todo funcione a la perfección, dentro y fuera de la empresa y del hogar. Son heroicas –en el discurso papal– no por hacer tantas cosas y hacerlas tan bien, sino por no darse autobombo, por actuar calladamente y con eficiente resignación. Así pues, una parte del beneficio que han obtenido las mujeres inclinadas a actuar –en forma de reconocimiento social– nace aún del silencio con que acompañan su épica.

Pero hasta el silencio puede llegar a subyugar al discurso contracultural de las épocas recientes. Mal que les pese a los feminismos –en sus distingos particulares–, este legado ha guardado a efectos prácticos numerosas ventajas. Así que negar los beneficios para las mujeres de lo que vulgarmente se ha dado en llamar acciones paternalistas sobre ellas equivaldría a rechazar una porción importante de la historia del beneficio que entraña el silencio de la épica femenina a él asociada.

P²P Ver CONRAD, J.: *El agente secreto*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 144. Alusión a la heroicidad discreta de los terroristas amparados en una temeridad que es pura ignorancia.

P³P Palabras de Benedicto XVI, en Radio Vaticano, el 22/03/2009 17.49.52

Las páginas que siguen recurren a dos tipos de experiencia, el viaje y la guerra, de obvia inspiración histórica, si bien se ha preferido una narración que tome la voz del discurso literario, por hallar en él la fuerza de la evocación que casi siempre falta en el histórico. En ambos casos –la guerra o el viaje– se acude a la historia de las mujeres contemporáneas que, desde su particular épica del silencio, entendieron la apropiación de los mecanismos que hacían funcionar su tiempo como un horizonte que también a ellas les incumbía. Nada les resultó no obstante más incómodo para dar cuerpo a la lógica de progreso y crecimiento que sus particulares intereses tasados en un tiempo inmediato o vital. Fue por ello que ante los obstáculos y siempre en el plano de la discreción, algunas mujeres promediaron las ventajas de reinstalarse en los hábitos tradicionales sacando partido de ellos. A qué andarse con cambios. No en vano las revoluciones daban a las señoras materia en la qué pensar y argumentos de peso para conservar lo que ya tenían.

Hubo mujeres, no obstante, que decidieron saltar con pértiga el cercado que las encerraba en la sutil categoría del género sin medir el golpe de la caída. Estas –valientes o ingenuas, según se mire– fueron algunas de las primeras osadas que vieron cómo nadie se había preocupado de allanarles el suelo al otro lado de la valla. Allí no había enfermeras atentas que les aliviase las magulladuras, porque las mujeres se curaban a sí mismas y habitualmente cumplían esa función para bienestar de los varones. Qué eran y qué se pretendían –identidades vividas e identidades atribuidas–, nuestras mujeres contemporáneas estuvieron confusas aunque muy dispuestas para la historia. La paradoja es que sus hechos han carecido en muchos casos de ella. Imaginario y experiencia se funden en este tipo de asuntos pues, ya que el imaginario se nutre de la vida, y la vida –aunque suene muy manido– ciertamente solo sabe desenvolverse imitando la ficción. No se trata pues de *contar qué paso* o *qué –pasando– no se contó*. Se trata de algo menos ambicioso aunque no por ello menos crucial: *tener en cuenta* esa épica del silencio que compartieron mujeres transeúntes y a su modo guerreras en algunos avatares históricos contemporáneos.

1. Merodeando por el campo de batalla.

¿Qué podía excitar a una tranquila joven americana de 1951, preparada y dispuesta para la vida en una sociedad ordenada y cabal como era la americana tras la II Guerra Mundial? Seguramente la promesa de una nueva guerra, (que no fue otra en este caso que la de Corea). “*Que yo supiera* (decía el joven de diecinueve años que planteaba el asunto), *a las chicas no las excitaba el deseo (...); lo que las excitaba eran los límites, las prohibiciones, los tabúes rotundos, todo lo cual redundaba en beneficio de la que al fin y al cabo, era la ambición primordial de la mayoría de mis condiscípulas coetáneas (...): restablecer con un joven provisto de salario seguro el mismo estilo de vida familiar del que se habían separado temporalmente para ir a la universidad, y hacerlo con la mayor rapidez posible*”⁴. Así visto y como de costumbre –aunque estábamos ya en el gozne que separaba las dos mitades del

P⁴P ROTH, Ph.: *Indignación*, (2008), Barcelona, Mondadori, 2009, p. 52.

siglo XX- se trataba de quebrar los límites establecidos por las generaciones precedentes para granjearse las conquistas que, en sus manos, hiciesen posible la renovación del orden.

La guerra en sus múltiples modalidades ha sido siempre la forma más extrema de confrontación entre personas. Se ha entendido como un límite, como una frontera que, una vez cruzada, desembarca en la sinrazón. Al otro lado, el enardecimiento y el dolor consecuente, la pulcritud de la puesta en escena y la suciedad que deviene a continuación han convivido de una manera morbosa y extrañamente asumida. Toda la apariencia del fragor que envuelve a la guerra encierra la sutil verdad del silencio, la mudez frente al sinsentido (un día de primavera hermoso y soleado atravesado por cañonazos, esquirlas y fuego), pero ante todo ha guardado una vergüenza genérica que la gente, incapaz de entender su causa, ha arrastrado inmutablemente de una generación a otra.

¿Cuál es esta verdad? Pues que en la guerra, las mujeres también han estado presentes -algunas fueron incluso causa mítica de ellas-, encontrando en ella frentes anómalos (fuera de los mapas de combate) que han puesto a prueba su peculiar resistencia y cualidades militares. En las guerras, las mujeres han mostrado capacidades insospechadas y sorprendentes, destrezas que tiraban por tierra la educación recibida y los sentimientos sacralizados. Al estallar una guerra las primeras en echarse las manos a la cabeza y llorar amargamente han sido (son) las mujeres. Ellas presentían mejor que nadie la magnitud de la desgracia que se avecinaba, en tanto que los hombres se lanzaban a las calles del pueblo gritando hurras a un aire lleno de salvas. Los guerreros -también los contemporáneos- se han sentido hermosos con sus uniformes nuevos. Era pues normal que se mostraran alegres, embravecidos. Desde las aceras y los balcones las muchachas les admiraban y las escenas de amor se repetían. Encuentros imprevistos o desesperados, bodas apresuradas: en aquellos instantes reinaba la sinrazón.

Sin embargo, en las cocinas de las casas, madres y abuelas lloraban en silencio previendo la desolación y el luto ¿Serían acaso las mujeres unas sabias, y los hombres unos perfectos idiotas? Nada de eso. Ante la noticia de una nueva guerra no pocos hombres (la mayoría de ellos antiguos combatientes) se golpeaban la frente contra el muro del patio. Mientras, las mujeres frívolas o de turbios sentimientos veían en la guerra la oportunidad que la vida en paz les había negado: puestos de trabajo disponibles, ocupaciones lúdicas y hasta una posición de combate en el frente. El patriotismo era también cosa de mujeres y, por eso en Francia, a comienzos de la Gran Guerra, el día en que las tropas partían al frente: *"(...) Cada fila (de soldados) arrastra a grupos de mujeres en estado de delirio, desmelenadas, que lloran y ríen, y ofrecen su talle y su pecho a los héroes, así como a la patria, que besan los rostros húmedos de los rudos hombres en armas y gritan su odio, que las desfigura, contra el enemigo"*⁵.

⁵P CHEVALLIER, G.: *El miedo*, (1930), Madrid, El Acantilado, 2009, p. 23.

No eran pocos los combatientes ni sus jaleadoras: *“Veinte millones de hombres, que cincuenta millones de mujeres han cubierto de flores y de besos, se apresuran hacia la gloria, con canciones nacionales que entonan a pleno pulmón”*⁶. Ellas les acompañaban festivaleras. Compartían con los jóvenes el orgullo de pertenecer a una generación elegida para la salvaguardia de la patria. Se rendían como ellos al protagonismo histórico. Quizá la guerra se hubiera vuelto nuevamente sinónimo de un espectáculo (Los espectáculos de atletismo y de carreras de coches se pusieron de moda en el primer tercio del siglo XX), que despertaba la curiosidad de las jóvenes que, como sus colegas varones, consideraban muy mala suerte tener que *perderselo*. Para las chicas, el no poder participar del avituallamiento de las tropas podía ser tan inconveniente como, en el caso de los jóvenes, el que le considerasen a uno no apto para el servicio.

Pero la guerra solo era una matanza más o menos organizada y en los hospitales de la retaguardia las mujeres ociosas hubieron de transmutarse de la noche a la mañana en abnegadas enfermeras cuyo patriotismo se manifestaba en el cuidado de los heridos y, por qué no, en un exaltado lenguaje que, precisamente porque era reflejo de la irrealidad en que muchas de ellas vivían, podía llegar asquear a los heridos más que la rememoración del combate: *“Observamos a las enfermeras, muy atareadas. (...) Traban conocimiento con esta hornada de nuevos enfermos, eligen sus cabezas. Se detienen a los pies de cada cama y se interpelean un poco ligeramente (...) “El herido, totalmente asilvestrado, febril, que ha perdido la costumbre de conversar con mujeres, si es que la tuvo alguna vez, se acurruca en su cama, se sonroja y responde tontamente a esas señoritas cuyos modales seguros le imponen”*

En la guerra, la incomunicación entre los jóvenes de ambos sexos es insalvable:

*“(Ellas) son de lo más amables y muestran gran solicitud. No obstante, se les nota un tonillo distante que indica que no pertenecemos al mismo ambiente. Cuidarnos constituye para ellas una contribución patriótica, es un gesto de humanidad al que condescienden, pero que no anula la distancia fruto de una educación diferente”*⁷.

Incluso el acuerdo entre los géneros se quiebra en la guerra. La de sexos parece en cambio eterna. Ellas, jóvenes señoritas remilgadas -las obreras estaban en las fábricas de armamento y en el campo-, a las que la guerra había colocado en una frontera inusual, la de la visión descarnada del desvalimiento humano y la muerte, preferían observar la guerra desde la frontera del autoengaño. Los soldados se quejaban de que ellas mantenían las distancias sociales, como si la guerra no existiese para poner a todos en el mismo umbral: *“Conservan prejuicios de casta y hablarían de otro modo con unos oficiales”*. Es más, se queja un soldado: *“- ¡Va a parecer que somos idiotas; ¡No han podido con nosotros unos obuses y hay que dejarse torear por unas mozas de la buena sociedad”*⁸

P⁶P CHEVALLIER, G.: op. cit, p. 25.

P⁷P CHEVALLIER, G.: op. cit., pp. 131-132.

P⁸P Ibidem.

El orden social parecía haberse vuelto del revés: “- Tienes razón (apoya un segundo) *Hay que poner orden aquí inmediatamente*” Poner razón equivalía a devolver a las jovencitas a su sitio doméstico, a no dejarles el privilegio de tener en sus manos la vida de nadie. Por eso, al ver pasar a una enfermera, el soldado le hace una indicación para que se acerque y, una vez junto a su cama le dice: “*Señorita, desearía que me consiguiera papel de carta, cigarrillos y un periódico*”⁹, como debe ser.

Estamos en Francia en 1915, y Chevalier, el autor del texto referido, relata cómo la guerra de posiciones maltrataba a los más jóvenes deshaciéndoles en pedazos y mandando sus piltrafas al cuidado de estas enfermeras, novatas como ellos mismos, que hubieron de hacer de tripas corazón para lidiar con un monstruo nunca antes visto. De todo cuanto asombraba a las señoritas apostadas en la frontera del horror, quizá lo más sorprendente fuese el miedo que los soldados encamados expresaban en sus gestos y en sus silencios, incluso el miedo confesado a bocajarro. Lo usual para ellas era que los hombres manifestaran fortaleza de ánimo, porque al ser así ellas se sentían seguras. Puede que pensasen que, teniendo ellas que hacer el sacrificio de trajinar con tanta suciedad: heces y orines, sangre y vendas purulentas, el miedo que ellos expresaban haber padecido fuese una cobardía imperdonable. La inseguridad se cebaba doblemente con ellas, a causa de su ingrata experiencia en los campos del dolor, pero sobre todo de la trágica insatisfacción de los hombres que manifestaban miedo y cobardía ¿En quién confiar si no era ya posible hacerlo en ellos?

La joven preguntaba al soldado herido: “-¿Es usted ‘miedica’, Dartemont?” El soldado se indigna y ejecuta un razonamiento que ella se niega a comprender, porque hacerlo es asumir que está sola en la defensa y protección de sí misma: “*Desde que el mundo es mundo, miles y miles de hombres se han dejado matar por culpa de esta palabra pronunciada por mujeres... Pero no se trata de caerles bien a esas señoritas con algunas bonitas mentiras que impresionen, (...) En efecto, soy miedica, señorita. Pero estoy dentro de la media.*”¹⁰

El joven sabe por primera vez que no es preciso portarse como un caballero, que no tiene por qué esconder su inseguridad ni hacerse el héroe. De hecho, es precisamente su miedo, íntegro y valioso como ningún otro sentimiento, el que le empuja a resistir. Sabe que el héroe es un imbécil y acepta paciente el desprecio de la enfermera, que en silencio piensa que somete sus manos y sus sentidos a la vejación de las enormes heridas porque prefiere creer que el cuerpo maltrecho que cuida no ha sentido miedo y ha tenido un comportamiento heroico. El autoengaño de la mujer la protege de su auto conmiseración por realizar un trabajo sórdido. El soldado pierde la paciencia y se enfada con ella, le echa en cara su incapacidad para luchar: “*(...) Pues sepa que la misión a la que ustedes nos destinan, tal vez serían ustedes incapaces de cumplirla*”¹¹.

P⁹P Ibidem.

P¹⁰P CHEVALLIER, G.: op.cit. p. 134.

P¹¹P CHEVALLIER, G.: op.cit, p. 142.

De repente, la idea de que las culpables de todo son las mujeres cunde entre los enfermos de éste ala del hospital. Un soldado bastante rudo da un paso más allá y sugiere que son las mujeres las que mandan a los hombres a la guerra ya que ellas *"!Necesitan un héroe en su cama, un auténtico héroe, bien sucio de sangre, para hacerlas aullar de placer!"* Porque *"Las mujeres, y he conocido a muchas, no dejan de ser en definitiva unas hembras, estúpidas y crueles. Detrás de sus mohines, no son más que unos vientres para parir."* Durante la guerra se han limitado a incitar a los hombres a *"romperse la jeta"*, y todo por la necia recompensa del amor de una dulce bienpensante: *"!Ah, dulces putillas!"*¹². A eso queda pues reducido todo.

Sin embargo ellas, las enfermeras, iban aprendiendo y, en esta inútil frontera de la sinrazón que es la guerra, no se dejan achantar por las groserías del herido. Le miran compasivas y continúan con su tarea como si nada. El soldado razonable, Dartemont, echa un ojo entonces a *"(...) la señorita Bergniol, que se desvive activamente, de una manera metódica, con seria alegría; se nota que la mueve ese sentimiento del deber que ella defiende"*. Y no puede dejar de pensar que, como la señorita Bergniol, hay tantas otras, agotadas y enfermizas, a las que les está profundamente agradecido: *"(...) por prodigarnos ese corto porvenir, por cuidarnos cuando es a ella a quien habría que cuidar (...)"*¹³. En el desgarrar profundo de unas heridas terribles siente sin embargo que la mujer es débil, que saca fuerzas de donde no las hay y que sacrifica su existencia por ellos, ajándose en la juventud y con un futuro ya sacrificado.

La causa de que las mujeres se empeñaran con fervor en este cometido extremo consistía en salvar lo insalvable. Esta actitud era en las guerras una enorme interrogación para los heridos que, reconociendo no saber qué les empujaba a estar allí entre ellos -que no eran nada, menos que nada en su postración- cuando su lugar habitual era el hogar, se congratulaban sin embargo de que estuviesen, de que les tocasen el cuerpo como nunca antes una joven había tocado a un hombre en un lugar público, de que cada mañana adornasen la sala de los convalecientes con flores frescas y de que, haciendo dejación de la altivez natural en las señoritas, una altivez con la que habitualmente ellos -acaso en tiempos de paz obreros en las fincas de sus padres- las veían dirigirse a las personas del servicio, les prodigasen ahora sonrisas y *"gestos flexibles"*¹⁴, se ruborizasen al cazar por el cogote las miradas pecaminosas sobre su trasero y dejasen ver palpitaciones sospechosas en sus altos pechos enfundados de blanco. Era de justicia el reconocer que la turbación de las enfermeras podía llegar a ser un aliado muy favorecedor en la recuperación de los heridos.

En las ciudades en armas y pueblos ocupados por los enemigos durante las guerras, los soldados pretendían acaparar la atención de las jóvenes del lugar. En los acantonamientos, las chicas jugaban un papel sorprendente, casi en el límite de

P¹²P Ibidem.

P¹³P CHEVALLIER, G.: op.cit, p. 143.

P¹⁴P Ibidem.

las posibilidades que ofrecía su naturaleza pero sobre todo en el margen permitido por la moral consentida. Curiosamente, “*El exceso de deseos* (de los que ellas eran objeto) *protege su virtud*”¹⁵ y la mayoría de las veces eran los hombres de la retaguardia, que no los desgraciados de la vanguardia, los que obtenían de ellas el premio final: el achuchón o el escarceo que en tiempos de paz hubiese sido inimaginable. Porque en estas coyunturas, las aspiraciones de los soldados con respecto a las chicas “*no conciernen precisamente al alma de la joven*”¹⁶, y esto es algo que ellas saben y aceptan sin excesivos remilgos.

Que estaban en las miradas opacas de ellos frente al enemigo y en un verbo casi siempre soez, era algo que las chicas solían aceptar con secreta complacencia. Para olvidar el cansancio, para alcanzar cumbres imposibles, para rebasar barrancos, los soldados cantaban tonadillas en las que se alababan los encantos de una mujer. No de una chica en concreto sino de una que era todas y ninguna a la vez. Las coplas loaban retazos de cuerpos exuberantes que nunca habían sido vistos y que ahora, componiendo una figura ideal, eran saboreados como tiernos bocados de una pieza de volatería¹⁷. Al límite de sus posibilidades físicas, las evocaciones de estas Venus imaginarias enardecían los cuerpos agotados y destrozados de los jóvenes recompensando sus esfuerzos. Enseñadas para saber lo inhumano de la experiencia masculina en la guerra, las mujeres justificaban la liberalidad de que hacían gala momentáneamente al poner en su trato con los soldados una carga de innegable piedad. Las chicas corrían un velo sobre sus hábitos morales y pretendían que hacer *algo* por un prójimo tan necesitado de amor justificaba la ruptura de las convenciones sociales. La excepción era una buena aliada en este caso y la piedad su mejor coartada.

Pero la piedad se mostraba como una senda peligrosa porque tenía un doble sentido. No solo las jóvenes la sentían por los soldados, también los soldados se apiadaban de las pobres chicas. En *La piedad peligrosa o La Impaciencia del corazón* Stephan Zweig¹⁸ mostraba la diferencia entre una piedad sentimental que obraba en el sentido de aligerar la propia carga del espíritu, y una piedad comprometida, en la cual el individuo reprobaba lo establecido y mantenía una batalla en favor del cambio. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Anton Hofmiller, el protagonista del relato, se dejaba arrastrar al compromiso matrimonial con una mujer inválida, Edith, más por lástima que por amor –precisamente amor era lo que la mujer demandaba de él. ¿En una situación de plena incertidumbre, quién se haría cargo de la joven rota si no lo hacía él? Hofmiller tomaba conciencia de que era la promesa de guerra –situación excepcional– la que precipitaba su desatinada decisión. Su razonamiento no era ya obvio en el siglo XX. Más bien pertenecía a los últimos coletazos de una tradición cultural heredada e incommovible durante generaciones según la cual el desvalimiento femenino se recompensa con la

P¹⁵P CHEVALLIER, G.: Op. cit, p. 282.

P¹⁶P CHEVALLIER, G.: Op. cit, p. 283.

P¹⁷P Ibidem.

P¹⁸P ZWEIG, S.: *La impaciencia del corazón* (1939), Barcelona, El Acantilado, 2006.

protección de los varones. Pero como Hofmiller era a su modo un hombre también fronterizo en el tiempo y la experiencia, manifestaba sentir vergüenza a causa de su decisión y se refugiaba en la guerra en la que pretendía huir de sí mismo, quien sabe si definitivamente.

La historia de las mujeres y de su presencia en los ejércitos contemporáneos es hoy una materia central de las investigaciones. Con respecto a su participación en el servicio militar y el combate, las autoridades de los países occidentales fueron aún resistentes en la primera mitad del siglo XX a permitir la incorporación de las mujeres a él¹⁹. La segunda mitad del siglo pasado presencié cambios lentos pero profundos al respecto. Pese a todo, se han dado casos históricos bien documentados, por ejemplo en las fuerzas armadas británicas entre 1907 y 1948²⁰. Pero en general y como se ha visto, incluso en aquel tiempo las mujeres se ocuparon de servicios auxiliares, de la enfermería, también del transporte, incluso del aéreo -tras la Primera Guerra Mundial. Los mandos les limitaban en la acción del combate, y las constricciones a su actuación se establecían allí donde y cuando notaban que se ponían en peligro los modos tradicionales de hegemonía. La resistencia y eficacia de un ejército radica principalmente en la continuidad de sus hábitos y las mujeres, al incorporarse a ellos, han ido forzando el cierre apresurado de las fisuras que su presencia iba creando.

La clave del asunto parecía obvia: que las mujeres luchasen o dirigiesen tropas alarmaba por la supuesta *feminización* de la actividad militar. Siendo esta una idea comúnmente admitida por nuestras sociedades occidentales, la historia de las mujeres contemporáneas y la guerra se ha fundamentado en el convencimiento generalizado de que los márgenes de su incorporación a las milicias y al combate debían establecerse en la naturaleza psicológica y emocional de las mujeres. Su fuerza física y su resistencia eran menores que las de los varones, por eso ellas aportaban una fragilidad al combate que ningún ejército podía permitirse. Que fuesen organizadas y sufridoras no era suficiente para ganar una guerra.

Conviene no obstante que estas creencias referidas a la historia contemporánea, casi dogmas de la cultura popular -con la parte de verdad que cada quien desee verles- se revisen. Y lo hagan tal vez en la línea de recordar que la milicia y el combate modernamente concebidos en términos de ciudadanía no solo han sido una frontera para la actividad pública de las mujeres, a quienes se les hurtaba la ciudadanía más allá de la conquista del voto. Las resistencias al cambio de mentalidad, precisamente cuando a mediados del siglo XX las tecnologías de la guerra hacían de la batalla un espacio en el que la lucha no requería solo fuerza física y el combate

P¹⁹P RANDOLPH HIGONNET, M.et alii (Eds): *Behind the Lines, Gender and the Two World Wars*, New Haven, CT, 1987.

P²⁰P NOAKES, L.: *Women in British Army: War and Gentle Sex, 1907-1948*, Milton Park & New York, Routledge, 2006.

abandonaba el cuerpo a cuerpo, apuntaban hacia la consolidación de la identidad social masculina en algunos terrenos no permeables a las mujeres. La explicación al choque entre identidades ligadas al género durante el siglo XX tal vez se resuelva en la idea sencilla de un encuentro de sujetos -mujeres y hombres- a la conquista y defensa respectivamente de un territorio.

2. *Al salir de casa.*

Alvan Hervey y su esposa habían vivido juntos cinco prósperos años. Se habían casado y con el tiempo acabaron conociéndose lo suficiente como para llevar adelante una ordenada existencia en común. Sin embargo no eran capaces de una verdadera intimidad. Eran como dos animales bien avenidos que se alimentan de pienso en un mismo pesebre. El deseo masculino satisfecho había terminado por convertirse en un hábito. En cuanto a ella, también había visto realizadas sus aspiraciones por medio del matrimonio: *“abandonar el hogar paterno, afirmar su personalidad, moverse en un círculo propio (mucho más elegante que el de sus progenitores), tener una casa para ella y su propia parcela personal de respeto, envidia y aprobación de la gente”*. Ambos esposos se entendían de un modo cauteloso y tácito. Eran *“(...) como un par de conspiradores circunspectos unidos en una conjura que hubiera de reportarles beneficios”*²¹.

Así interpretaba Joseph Conrad el matrimonio burgués en su relato *El regreso* (1898). Pero lo que venía a continuación es lo que cuenta, a menos a efectos de lo que aquí interesa. Porque la esposa de Alvan Hervey -en el relato carece siquiera de un nombre propio- huye, se va de casa, desaparece por unas horas durante las cuales el autor sugiere al lector que la mujer rompe todas las convenciones sociales, el paraguas moral en el que se había criado y, sobre todo, las expectativas del esposo con respecto al matrimonio. El drama íntimo que sobreviniera a continuación era soberbio. El abandono de la esposa se resumía en una carta de intenciones dejada por ella sobre su tocador. En la nota -el texto se nos hurta de igual manera que se nos priva del nombre de su autora- la mujer confesaba su voluntad de huída. El drama de Hervey consistía precisamente en su incapacidad para asimilar la idea de haber sido él objeto de abandono. Ella *“(...) lo había abandonado, renunciado a la estima, el bienestar, a la paz, a la decencia y hasta a su posición”*. Durante el tiempo que siguió al incómodo hallazgo Hervey trató sin éxito de encontrar alguna lógica en el acto de su esposa. *“Pensó en la muchacha bien educada, en la esposa, en la persona culta, en la señora de su casa y en la dama de alcurnia...”* La razón le desasistía precisamente porque en ningún momento *“pensó en ella simplemente como una mujer.”*²²

Él recordaba haber sucumbido a los encantos de la que -en la lógica precisa de su clase social-, se dijo a sí mismo, estaba cualificada para ser su esposa: *“La muchacha era robusta, alta, de pelo claro y, a su juicio, de buena familia, culta e inteligente.*

P²¹PCONRAD, J.: *El regreso*, (Relato incluido en *Cuentos de inquietud*, 1989) Madrid, Funambulista, 2007. p. 15.

P²²P CONRAD, op. cit., p. 23.

*Se aburría mortalmente en casa, donde su personalidad, de la que tenía plena conciencia, estaba apresada en un espacio reducidísimo y no lograba desplegarse. Sus andares parecían los de un granadero, era recia y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente ingenua y una mirada muy pura, pero ni una sola idea propia*²³. Era sobre una criatura de esta catadura, bella, seria y carente de convicciones personales, que uno podía imponer su propia voluntad. Con una joven semejante cualquiera podría dedicarse con éxito a ampliar el círculo social en un mundo de gente encantadora donde los extremos, alegría y tragedia, quedaban rebajados a mero contento o disgusto. El vínculo así tejido con la esposa resultaba perfecto para prosperar en los ámbitos de la renta personal y las relaciones sociales.

Ahora, al rato de haber hecho el fatal descubrimiento, la conciencia del abandono de ella le provocaba náuseas, un desasosiego incómodo muy cercano a la conmoción. La vida de repente se le hacía intolerable, y no a causa de la previsión de soledad sino por el mero hecho de que *"Todos lo sabrían"* Esa misma noche las primeras en enterarse serían las criadas. ¡Y él no había previsto nada... ¡ Un enfoque nuevo, el del qué dirán, iluminaba la situación. De repente su esposa había devenido en un *monstruo*, un ser desconocido y hostil, fundamentalmente porque *"(...) todos me tomarán por un imbécil"*. Consciente de que estos sentimientos eran inapropiados por excesivos, el marido volvía a la razón y se preguntaba algo más calmado: ¿por qué? No le intrigaba el por qué de la huída de ella, sino ¿el por qué del descontrol que le acometía tan vivamente, si el asunto carecía de peso, pues *"se trataba únicamente de una mujer que se había marchado"*²⁴. El marido afrentado sospechaba que la huída de la esposa le arrancaba su noble coraza. Ya no se veía a sí mismo como un individuo indestructible. Su tragedia – vulgar melodrama, sospechaba- adquiriría el calibre del derrumbamiento de unos sólidos muros ante el empuje de un inesperado huracán. ¡Había albergado al enemigo en casa sin haber tomado precaución alguna! Esa era la verdad, la única e irrefutable verdad.

Pero, por más que el marido así lo supusiese en realidad ella no había huido, no al menos en el modo físico que él imaginaba. La esposa había regresado enseguida al hogar y se sentaba sin haber logrado consumir el abandono, las manos cubriéndose el rostro. ¿Mostraba sentirse avergonzada? Quizá llorase, humillada o triste, a lo que al marido solo se le ocurría recriminarle el no saber dominarse: *"Ya ves dónde conduce la falta de control de sí mismo. Al sufrimiento, a la humillación, a la pérdida del respeto de los amigos, de todo lo que engrandece la vida, de aquello que (...)"*. Ella entonces se quedaba callada, paralizada mientras sentía que él la observaba juzgándola *"(...) como si agrupara sus reflexiones melancólicas provocadas por la visión de esa mujer caída en desgracia"*²⁵. Vencido como se sentía, una esperanza le elevaba sin embargo desde su miseria. De pronto caía en la cuenta de que no estaba solo. Muchos otros varones como él hacían guardia alrededor de sus hogares, altares de un culto eficiente y provechoso, sustentando

P²³P CONRAD, op. cit. p. 10.

P²⁴P CONRAD, op. cit. p. 26.

P²⁵P CONRAD, J.: op. cit. p.66.

la vigilia en una fe incólume en todo el conjunto de ventajas que su sacrificada actitud les reportaba. Así, Hervey le recriminaba a su esposa la naturaleza irracional de su proceder: "(...) *la pura locura de una mala conducta*", que no ha respetado las condiciones de su existencia y que puede llevarla a perderlo *todo*. Para ella en cambio, *todo* (la casa, el marido, la vida), era una tumba. En los brevísimos pasajes que Conrad ha regalado a la esposa la escuchábamos referirse a las: "... *paredes, cortinas, la casa entera, la multitud de las casas circundantes, esas tumbas frágiles y secretas de los vivos, con sus puertas numeradas como las de las celdas, y tan impenetrables como el granito de las lápidas*"²⁶.

Resulta tentador abusar de la oferta que proporciona la escritura de Conrad para recrear este retrato de existencias encontradas. A través del texto comprendemos que cuando el ejercicio de la complacencia²⁷ con el entorno toca a su fin, marcharse sin más puede resultar una salida urgente a fin de evitar que se disuelva el alma. La ida y el regreso, la huída y el repliegue humillado en el cautiverio conocido devienen un centro de esta historia –centro genérico de la historia- en la que el marido se moría de miedo sin embargo cada vez que la esposa se levantaba del asiento desde el que –sumisa en su actitud- escuchaba una crítica agria y cruel. "*Su mujer se dirigió a la puerta, y él la siguió de cerca, en busca de la palabra mágica que aclarase ese enigma (...) Ella se acercaba a la puerta, y él le dijo con precipitación: -Créeme: te he querido, y te sigo queriendo. Ella se detuvo un instante casi imperceptible para mirarlo indignada, y luego siguió avanzando*"²⁸. Se sentía indignada por saberle a él cautivo de un materialismo que le impedía amar en realidad y le hacía innoble cuando le aseguraba que la amaba. No era amor lo que sentía por ella –le corregiría la esposa. Porque esperar de una mujer que sea una compañera capaz de conducirse de una determinada manera es quererle solo a uno mismo²⁹.

En el caso de las mujeres, marcharse o viajar a fin de aliviar situaciones de disgusto o de malestar no ha solucionado nunca gran cosa. Salvo excepciones memorables, lo común era que viajar –especialmente si se hacía en solitario- fuese poco menos que auto infligirse la muerte social. El viaje ha sido históricamente una práctica ajena a la experiencia de las mujeres. Y no porque ellas no hayan viajado, emigrado en realidad. No es que ellas no se hayan desplazado con los nómadas, o no hayan acompañado a sus familias de allá para acá cuando la situación lo requería. Ciertamente, las mujeres, como los hombres, se han movido en la historia en función de necesidades migratorias diversas. Por lo general, sin embargo, en estos casos eran los hombres quienes anticipaban las necesidades del viaje, quienes buscaban las provisiones y preveían los alojamientos. La tradición cristiana explica que José condujo valientemente a María hasta el portal de Belén. María se nos aparece como un fardo precioso que es precioso proteger. A poco que se piense, en la tradición cultural de Occidente las mujeres han sido poco más

P²⁶P CONRAD, J.: op. cit. p. 67.

P²⁷P HUGUET, M.: "Del castigo y la huída", cap. 7.: *Historias rebeldes de mujeres burguesas, 1790-1948*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 143-177.

P²⁸P CONRAD, J.: op. Cit. p. 98.

P²⁹P CONRAD, J.: op. Cit. p. 99.

que un bulto más o menospreciado del equipaje. De ahí que se considerara a las viajeras voluntarias mujeres desplazadas, anómalas en el oficio de viajar, siendo este un trabajo que elegían por exclusión de cualquier otro a su alcance.

La tradición enseñaba que al viajar las mujeres no se liberaban de lo doméstico, sino que en realidad intentaban localizar nuevos lugares de arraigo. Así que el anhelo de seguridad las traicionaba incluso en una empresa tan creativa como es el viaje, haciéndoles desperdiciar la esencia de la experiencia viajera. A la dificultad primigenia de entender el viaje en su condición de renovación, se añadía la parafernalia que acompañaba siempre a las mujeres. Les costaba entender que el viaje era una privación de objetos entrañables y superfluos, de afectos o desafectos conocidos.

Por decidirse al viaje las mujeres podían además verse privadas de lo más esencial en sus vidas, la confianza que nace de la compañía. El Romanticismo en el XIX –en sus diversas concreciones nacionales– dibujó el viaje como un camino íntimo hacia ninguna parte. Luego, el Naturalismo finisecular³⁰ sugirió la escasa importancia de que un conjunto de claves morales aparecieran ligadas a la experiencia. Por qué –se pensaba– no iban a ser posibles la huída y el viaje sin argumento de mayor peso que el querer llevarlos a cabo. En casi todos los casos no obstante la intencionalidad en el viaje era un centro del mismo, sustanciándose en discursos justificativos que hoy, habituados como estamos a viajar, nos resultan quizá excesivos.

Pero como viajar no era simplemente recorrer distancias, como viajar era evadirse del presente y de lo cotidiano, las sociedades atadas a la moralización de las conductas observaban que este tipo de actividad servía para restañar heridas. Se recomendaba viajar cuando uno sentía fatiga inexplicable o cuando un supuesto mal de amores cursaba dolor de cabeza o de estómago. Era preciso viajar también en casos de duelo familiar y en situaciones de extremo desvarío anímico³¹. Los más acaudalados emprendían amplios periplos continentales, por tierra o mar; los pobres se contentaban con visitar a pie³² a un pariente que residiera en una localidad próxima a la suya. Lo de menos pues era el destino del viaje o que, no conduciendo a ninguna parte, consistiese en mero

P³⁰P Zola, a comienzos de los años ochenta del XIX, defendía el abandono de la vana especulación para reflejar el mundo tal y como él lo entendía. Ver, AYALA, F.: *Experiencia e invención: Ensayos sobre el escritor y su mundo*, Madrid, Taurus, 1960, p. 173.

P³¹P En el texto de Wilkie COLLINS: *La dama de blanco*, (1961), Barcelona, Random House Mondadori, 2007, la protagonista vagabundea de forma insólita, hallando en su particular viaje solitario una suerte de paz espiritual que no encuentra en sociedad.

P³²P La literatura de Thomas Hardy está plagada de ejemplos de este tipo –tan habitual– de periplos andariegos, en los que el hombre, pero también muchas mujeres, caminan de acá para allá, por campos y caminos, en busca de aliento personal. Véanse las novelas: HARDY, Th.: *Tess, la de los D'Urberville*, (1891) Madrid, Alianza Ed. 1999; *El Alcalde de Carterbridge*, (1886) Barcelona, Alba, 1999; o *Un par de ojos azules*. (1873), Barcelona, Ediciones del Bronce, Planeta, 2001.

vagabundeo. En el viaje, las mujeres ya en el XIX comenzarían a entrar en contacto con hábitos y gentes diferentes a las conocidas. Al contemplar lo desconocido era posible que sintiesen la tentación de comparar. Podían aventurarse a pensar que existían alternativas que merecía la pena indagar y que, ante el viaje, la prudencia -especialmente cuando pesaba como un mueble- era mejor dejarla en casa. El silencio durante el trayecto les permitiría hacerse una composición de lugar y, con ella, a un juicio más certero de su situación. En el silencio podían defenderse de las amenazas externas, protegiéndose con el ingenio o la imaginación. En sus soliloquios, por medio de la escritura propia o ajena habitualmente, formaban los puntos de vista que anotaban en sus parcas intervenciones públicas, mostrando así a los maridos y a los hijos -cuando se les permitía- a no relajarse en charlas improductivas. Que se les hicieran caso o no, esto ya forma parte de otra historia.

Madrid, 5 de octubre de 2010